

Artículo especial

La posmodernidad, cultura y vocación

Eva Marcuschamer S*

El conocimiento queda como una aventura para la cual la educación debe proveer los viáticos indispensables¹

EDGAR MORIN, 1991

Algunos historiadores fijan el inicio de la posmodernidad en el periodo que siguió a la segunda Guerra Mundial. La barbarie sólo podía tener un significado: Dios ha muerto,² por ello la deshumanización, por eso Auschwitz, en donde todo estaba ya permitido. Frente a este postulado surge en el ser humano la angustia existencial; si no hay un ser superior que nos proteja, nos rija, nos premie y nos castigue, ¿quién va a resguardarnos? Es así como nace la necesidad de crear el pensamiento mágico en forma de sectas, curanderos o místicos. Es así como se va generando paulatinamente una nueva cultura; sin embargo, para otros,³ la posmodernidad inició en la década de 1960, con los movimientos estudiantiles, la revolución sexual y la cultura del hedonismo, de la libertad, el placer y el sexo como experiencia cotidiana, en la cual quedan abolidas las diferencias entre los sexos y entre las generaciones. Aparece lo metrosexual; lo femenino y lo masculino se mezclan; se admiten todas las sexualidades; la cirugía plástica y los nuevos métodos de salud; la obsesión por el cuerpo y por mantenerlo joven, por unir las generaciones. Así es como gradualmente

hemos llegado a este tiempo en el que impera la pérdida de valores y la búsqueda de lo hedónico. La era de la seducción, diría Lipovetzky,³ la época de los *deseos a la carta*. Podemos ver el consumismo por todas partes como una tentación arrolladora; es la era de la acumulación y de la libertad de elegir cada vez entre más opciones para adoptar a nuestro gusto. En esta era del autoservicio en la que proliferan las fuentes de información, las maestrías a domicilio, los exámenes de personalidad, habilidades e inteligencia por Internet, *las tecnologías psi*³ a la carta, todo está sufriendo una evolución hacia la gratificación inmediata y, por lo tanto, hacia la soledad. Como afirma Lipovetzky,³ es el predominio de lo individual sobre lo universal, de lo psicológico sobre lo ideológico, de la comunicación sobre la politización, de la diversidad sobre la homogeneidad, de lo permisivo sobre lo coercitivo.

La educación se ha transformado también, se ha tornado más permisiva, más tolerante a los deseos de los niños y los jóvenes. Ahora, los chicos siempre tienen la razón; si no quieren estudiar ni esforzarse, nosotros, como maestros, tenemos que idear nuevas técnicas para que ellos aprendan sin esfuerzo; hay que darles tiempo libre; hay que librarlos del trabajo y del arduo esfuerzo. La psicología ha virado hacia las terapias breves, los cursos de autoayuda, lo cognitivo-conductual: la cura inmediata es lo prioritario.

La medicina también hace una evolución paralela hacia la homeopatía, la acupuntura, los tratamientos naturales, el culto al cuerpo y a la responsabilidad del hombre sobre él; no obstante, las tareas del médico siguen siendo las mismas y su vocación es indispensable para ejercer su profesión. La medicina ha evolucionado con las necesidades vitales de cada época. Los pacientes posmodernos llegan a consulta creyendo que saben más sobre las enfermedades que el médico. La mayoría de ellos escucha un diagnóstico y corre a buscar información

* Doctora en psicoanálisis clínico, especialista en orientación vocacional; maestra de posgrado del Centro Eleia, Actividades Psicológicas, AC; analista en formación por la Asociación Psicoanalítica Mexicana y autora de varias publicaciones, entre ellas: *Orientación vocacional* (3ª edición, 2007), *Orientación educativa* (2003) y *Psicología* (2007). En la actualidad se desempeña como psicoterapeuta psicoanalítica de adolescentes y adultos.

Correspondencia: Dra. Eva Marcuschamer, evamarcus18@gmail.com

Este artículo debe citarse como: Marcuschamer SE. La posmodernidad, cultura y vocación. *Medicina Universitaria* 2008;10(41):248-54.

La versión completa de este artículo también está disponible en: www.revistasmedicasmexicanas.com.mx, www.meduconuanl.com.mx

en la red, se involucra mucho más en su padecimiento y en el tipo de médico que requiere. En Estados Unidos y Canadá se estima que 54% de los usuarios de Internet la usan para obtener información acerca de temas de salud, y se espera que estas tendencias se hagan efectivas en América Latina.⁴ De proyectarse estas preferencias, es posible que produzcan un impacto decisivo sobre las condiciones de salud en el mundo.

Los médicos de hoy se enfrentan con una competencia mayor; el paciente es ahora más exigente y valora el costo, la experiencia y la calidad del servicio, y es así como elige a su médico. Además, el médico tiene una tarea social imprescindible: la educación.

En esta época posmoderna, muchos problemas sociales tienen relación con la medicina y muchos problemas médicos se han convertido en problemas sociales, lo que hace evidente que el médico actual requiere nuevas aptitudes. Y qué decir de la indiferencia al prójimo, actitud que está en el origen de la forma que ha tomado la violencia hoy en día. ¿Cuántos acudirían al llamado de auxilio de una persona a mitad de la noche?, ¿cuántos asistirían a alguien que está siendo asaltado frente a ellos? La violencia de la indiferencia, la violencia al volante, la violencia hasta en el arte... pero su forma imperante en estos tiempos es la inseguridad, agravada por el caótico relativismo ético.

La pérdida de la familia es otro síntoma posmoderno. El índice de divorcios en México sigue aumentando; estamos ya en ese maratón de las familias uniparentales o reconstruidas. Lo posmoderno es no casarse, no comprometerse, pues lo valioso es lo que puede cambiarse por otra cosa; es la cultura de lo desechable tanto de los objetos como de las relaciones. Hay un aumento de estrés social, como llamaría Vives⁵ a lo que se observa al interior de la familia e impacta en todos sus miembros; lo podemos ver en un incremento de las conductas agresivas organizadas como violencia social, en el desgaste de las pautas de interacción afectivas, en la dificultad para mantener una relación íntima con otra persona y en un severo deterioro en los modelos de crianza de los hijos, lo que ha originado un incremento del maltrato infantil, tanto en su modalidad pasiva (descuido y negligencia), como en sus modos activos de violencia intrafamiliar (física, verbal, sexual o por explotación).⁵ Es claro el efecto que esto puede tener en la calidad de la vida familiar y en el incremento de enfermedades mentales. Desde su nacimiento, el ser humano se ve determinado primero por su cultura familiar, después

por la escuela, la universidad y su ocupación.

Al mismo tiempo, en todas partes se habla de derechos humanos, y con base en ello se apela a los derechos más insospechados: derecho al manejo del propio cuerpo, derecho a las mutilaciones, a los *piercings*, a los tatuajes; derecho a gozar la individualidad sexual; derecho a crear vida humana por vías artificiales. Lo imperante es evitar cualquier tipo de pérdida, cualquier limitante, y ahora, vivir con una sola pareja o tener sólo una ocupación supone muchos tipos de pérdidas. Es la cultura del narcisismo, como diría Lasch.⁶

Toda sociedad reproduce su cultura (sus normas, sus reglas, la forma en que organizan la experiencia) en cada uno de sus individuos, que se hace evidente en la personalidad de éstos. El proceso de socialización, que se inicia dentro de la familia y continúa en la escuela, va formando el carácter de la persona, va modificando la naturaleza humana para adaptarla a las normas sociales. Cada sociedad trata de resolver las crisis universales de la infancia; es decir, la angustia de la separación de la madre, el miedo al abandono, el dolor que provoca competir por el amor de mamá, y la formación de nuestra personalidad se apoya en la manera como vamos aprendiendo a lidiar con estos asuntos. Examinar a las personas como individuos nos permite ver el estado de la sociedad. Y lo que los psicoanalistas y educadores ven, unos en el consultorio y otros en el aula, son personas crónicamente aburridas, apáticas, con problemas en sus relaciones, con disolución de la identidad, que se quejan de insatisfacción y de una existencia sin propósito. Estas personas se vinculan con otras superficialmente, parecen incapaces de experimentar una pérdida, de alcanzar relaciones íntimas. Encontramos más promiscuidad que cuidado por el otro.

Es en este escenario posmoderno que debemos pensar en los jóvenes, que pronto se convertirán en nuestros líderes, en nuestros economistas y políticos, en nuestros médicos y maestros, en nuestros albañiles y electricistas. Tenemos que pensar en ellos si somos adultos preocupados por la sociedad que pronto será gobernada por esa generación consumista, hedonista, apática, tecnológica y solitaria; pero, sobre todo, confundida, con dificultades para distinguir entre lo bueno y lo malo, entre lo público y lo privado, entre lo infantil y lo adulto, entre lo femenino y lo masculino.⁷

Lo posmoderno ha llegado a la educación y a los jóvenes, y ha transformado su ideología en hedonista, que busca logros inmediatos. Cuando los jóvenes de ahora tienen que tomar una decisión, huyen de los procesos de

orientación, rechazan una carrera porque hay materias que no les gustan. Estos jóvenes experimentan una pérdida de interés por lo teórico, por lo ajeno a la utilidad inmediata. Lo valioso es lo indoloro, lo placentero, lo superficial. La reflexión causa aburrimiento, la apatía es el común denominador y se calma con el *bullying*,⁸ las drogas, el alcohol, el sexo compulsivo, etcétera, todas formas de violencia entre los chicos.

La adolescencia ya no es hoy una fase de transición solamente; en muchos casos es una etapa permanente de pensamiento, una forma de ser, de pensar y de conducirse. En ella, el tiempo es el tiempo individual, las elecciones son temporales, todo se vive como pasajero y la vida vale la pena vivirla si es cómoda y placentera. ¿Y cuándo no lo es?, ¿el terrorismo, el narcotráfico, el vandalismo, el homicidio o el suicidio? La violencia surge frente a un hecho de la realidad: la plenitud consumista y hedónica es un espejismo.

Erikson⁹ consideraba que el estudio de la adolescencia y, en especial, de la identidad, era uno de los problemas más urgentes de atender en todo momento histórico. Nos advirtió que la obra de un hombre proviene de una conjunción entre la historia en general y su biografía. Esta premisa lo condujo a la formulación del concepto de identidad como requisito para la comprensión del individuo y de la sociedad a la que pertenece, ya que es en la identidad donde se encuentra la esencia de la personalidad del hombre. Ésta, por su calidad de evolución continua, comienza a gestarse en los albores del nacimiento del individuo, alcanzando su clímax en la adolescencia, al integrar la experiencia interna y la externa, para proseguir con su desarrollo hasta que el ciclo de vida termina. De acuerdo con Erikson, la personalidad se desarrolla a través del tiempo, siguiendo una secuencia adecuada de elementos que se construyen a partir de los anteriores. Basándose en el principio epigenético, afirmó que todo lo que se encuentra en proceso de desarrollo cumple un proyecto básico que supone que el individuo necesita resolver tareas propias en cada estadio para proseguir al siguiente. En cada fase la persona se verá enfrentada a una crisis psicosocial que tendrá que resolver de acuerdo con los componentes sociales que la circundan. En la actualidad, la solventará según los componentes posmodernos que marcan un estilo de vida y de pensar. Cada elemento de la personalidad sigue una secuencia, de tal modo que hace que el pasado sea un continuo que se reactualiza en el

presente, con un elemento que llega a su momento crítico y que predomina sobre los otros.

En la adolescencia, la crisis que tendrá que resolver es de identidad frente a la confusión de la identidad. Esta etapa es en la que se reeditarán todos los componentes de desarrollo anteriores. Es importante saber que cada crisis supone un aumento de ansiedad debido a la abundancia de energía disponible y a la creación de nuevas funciones yojicas; sin embargo, la crisis puede acentuarse a causa de una confusión de roles y de las exigencias internas y externas que confrontan al adolescente. La adolescencia es el legado del juego infantil, y la sociedad debe facilitarle al joven trascender del juego social a los compromisos más definitivos del rol adulto. Cuando la sociedad procura las condiciones cognitivas, somáticas y sociales pertinentes, el adolescente buscará alcanzar la integración de lo genéticamente heredado con las habilidades de pensamiento adquiridas y con lo proporcionado por el ambiente, como lo son los roles, los valores y la manera de relacionarse con los otros. Es claro que la formación de la identidad necesita de modelos ideales poderosos que hayan sido legados por la generación anterior para que la siguiente pueda revelarse contra los valores que los adultos representan. La identidad entraña la integración de las identificaciones internas, así como del contexto social, de tal suerte que los modelos parentales puedan ser reemplazados o reeditados para cumplir con las cualidades de los modelos comunitarios. La identidad se perfila como la síntesis que se autoconstruye de acuerdo con la historia individual del adolescente y que provee al adulto joven de un sentido de continuidad entre su pasado y su dirección hacia el futuro.

La formación de la identidad se inicia cuando la persona empieza a decidir sobre sus creencias, su grupo de pertenencia, sus valores y su ocupación futura. Erikson⁹ identificó la ocupación, la ideología y la sexualidad como los aspectos a través de los cuales el adolescente entra en contacto con su comunidad; sin embargo, afirmó que entre todas las elecciones, la que más perturba a los adolescentes es la ocupacional, ya que conlleva un compromiso de por vida y es la manera en que la sociedad le concederá una función y un estatus. Lo que sucede es que con cada decisión, como la de ir a la universidad, realizar un trabajo, elegir una carrera, la identidad del joven se forma y sienta las bases de la esencia de su personalidad. La identidad, dice Marcia,¹⁰ es un proceso cuya esencia no puede ser observable por los componentes intrapsíquicos que conver-

gen para su desarrollo, por lo cual, es necesario estudiar sus manifestaciones conductuales para determinar la ausencia o presencia de ésta, puesto que la identidad no consiste sólo con comprometerse con algunas áreas importantes de la vida. Si la identidad está presente, se manifestará en la ocupación y en su ideología, ya que la estructura de la identidad, en sí misma, no puede ser observada más que a través de los criterios descritos.

¿Cómo se ve afectada la construcción de la identidad por la posmodernidad? ¿Cómo ofrecer orientación en esta época en la que nada aparece como determinante, llámese pareja u ocupación? Si lo posmoderno se distingue por la falta de ideología, las elecciones masivas a la carta y la indefinición sexual, ¿cuál será el impacto de lo cultural en el desarrollo psíquico? No es posible saber si estamos listos para dar respuesta a un problema tan complejo o si tendremos que esperar algunos años más para comprender por completo este fenómeno, pero el panorama no es alentador. Los chicos postergan su definición sexual, experimentan en la bisexualidad y juegan con la confusión, en un ambiente sociocultural en el que finalmente las estrellas de cine han marcado las pautas de comportamiento y la inserción social. Un importante investigador mexicano, José Cueli¹¹ encontró que de 20 a 30% de los chicos a quienes les ha llegado el momento de elegir profesión, tienen problemas emocionales ajenos a este conflicto particular de elección ocupacional, pero que se derivan de la imposibilidad de tomar cualquier decisión. Lo que sucede, dice Erikson, es que la formación de la identidad también puede sufrir trastornos en su desarrollo. El aspecto negativo inherente a todo el proceso de identidad puede convertirse en dominante cuando la crisis es muy fuerte y el individuo no recibe el apoyo y el reconocimiento de su comunidad; es decir, cuando la sociedad y la familia se muestran intolerantes con él, y éste, para experimentar libremente los roles ofrecidos, se ve orillado a identificarse con los grupos delincuentes y marginados de su comunidad, ante el temor de vivir un estado de no identidad. Por esta razón, el adolescente se convertirá en aquello que una sociedad deshonesto espera que sea, esto es, en un agente subversivo del orden social, por lo cual se alienará a las disonancias y peligros que surgen con el progreso científico y tecnológico formando una identidad negativa. Si el adolescente recibe el apoyo de las personas importantes para él, la identidad negativa será tan sólo un momento transitorio. Es aquí en donde la familia y la escuela tendrán

que identificar al joven que requiere ayuda profesional a tiempo para evitar que sea marginado. De otra manera, cuando el adolescente encare la diversidad de elecciones que lo reclaman, y no encuentre a un líder dentro de su grupo a quien seguir, podrá sentirse avergonzado por no poder cumplir con todos los compromisos que requieren su atención, se volcará dentro de sí mismo y desintegrará el sentimiento de continuidad e igualdad que lleva al logro de la identidad. Así, la vida se le presenta al sujeto como algo que le sucede y no como algo que él vive intensamente por iniciativa propia; por ello, la desconfianza en la sociedad y en sí mismo se instalan en una actitud de parálisis ante los reclamos de una suerte de autodefinición y de ser reconocido por los demás.

El adolescente se enfrenta a la irrecusable necesidad de tener que ampliar su visión de la realidad, de ese nuevo mundo en el que está entrando. Consecuentemente, si las facetas de la identidad están bien desarrolladas, el cambio a una mentalidad nueva le brinda la oportunidad de afirmar su identidad actual y elegir objetos con libertad, seguridad interna y objetividad, logrando así una buena elección. Si la identidad del adolescente no se encuentra lista para elaborar las pérdidas, puede sentirse desorientado y confuso, lo que moviliza aspectos sumamente importantes de la personalidad, como la autoestima, el temor al abandono y el miedo al castigo.

Cuando impera la confusión, los jóvenes postergan su entrada a la universidad debido a la incapacidad de pensar en el futuro, y muchos de los que ingresan eligen las carreras de moda, las más demandadas. Eso es lo que está pasando en México en la actualidad, a pesar de que existen más de 220 carreras profesionales y más de mil carreras técnicas. Según las estadísticas más recientes de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), son solamente 20 carreras profesionales las que acaparan la preferencia de siete de cada 10 aspirantes que desean realizar una licenciatura, mientras que en un centenar más de profesiones se distribuye la tercera parte restante. A pesar de que el campo de trabajo está saturado, las carreras de administración, derecho, contaduría, ingeniería industrial, informática y medicina mantienen la preferencia de la mayoría de los estudiantes que pretenden ingresar a la licenciatura en todo el país. Cada uno de los lugares de las carreras *de moda* citadas líneas arriba es disputado por 32 egresados de bachillerato. Las instituciones más saturadas del país, como

la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el Instituto Politécnico Nacional (IPN), la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), la Universidad de Guadalajara (U de G), la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), la Veracruzana (UV) y la Autónoma de Nuevo León (UANL), informan que la razón del alto número de rechazados se debe a esta demanda hacia un pequeño grupo de licenciaturas. La respuesta social frente a esto es la apertura de instituciones privadas (muchas de ellas irregulares o “patito”) que ofrecen las mismas carreras; una respuesta posmoderna: al cliente lo que pida, sin importar las consecuencias.

La propuesta de esta reflexión es, por supuesto, invitar a continuar pensando en la educación del futuro y en la importancia de formar niños y jóvenes desarrollando su pensamiento, su capacidad de discernir, de generar ideas, de cuestionarlas, de investigar y de subjetivizar la experiencia. En síntesis, darle importancia al aprendizaje significativo en la enseñanza.

Porque el desarrollo de la identidad no es algo que pueda ser medido, pero sí la generación de las ideas y la elección de una ocupación para los jóvenes, creo que la orientación educativa y vocacional puede ser una respuesta a la formación de los chicos, pero antes de ofrecerles una propuesta es importante ver la situación de la población adolescente en nuestro país.

Según datos del INEGI, tomados del censo del 2000,¹² los adolescentes (de 10 a 19 años) representan 21% de la población total, y si aumentamos el rango de la adolescencia hasta los 24 años, como lo asume la Organización Mundial de la Salud, se trataría de 30% de la población mexicana. Con esto en mente, hay que discutir algunos de los riesgos a los que está expuesto este sector de la sociedad:¹³ una de cada seis mujeres que se embarazan es adolescente; la primera relación sexual la tienen a los 15 años y sólo 43% usa preservativo; el suicidio es la cuarta causa de muerte entre los adolescentes mexicanos;¹³ durante esta etapa se da la mayor proporción de personas contagiadas de VIH; del total de las defunciones por SIDA, 12% son de adolescentes; uno de cada cinco adolescentes padece obesidad,¹² y 80% crecerá con este problema; según la OMS, la cantidad de jóvenes que consumen alcohol aumentó 20% en los últimos 10 años; la edad promedio del abuso descendió de 17 a 15 años; 15% de los adolescentes entre 12 y 19 años fuma;¹³ la anorexia y la bulimia (ambas enfermedades de la adolescencia) afectan a más de dos

millones de mexicanos, 90% de ellos son mujeres,¹⁴ 20 mil casos anuales se presentan en las clínicas del IMSS; entre 39 y 42% de quienes asisten a Medicina Familiar del IMSS tienen algún padecimiento psiquiátrico, siendo la depresión y la angustia los más frecuentes.¹⁴

Aunque la lista podría ser más larga, estos datos son suficientes para poder hacer un diagnóstico: en una época de información lo que impera es la desinformación, si no ¿cómo pueden explicarse los embarazos, las enfermedades de transmisión sexual, el abuso de las drogas legales e ilegales? Por lo tanto, educar es prioritario, entendiendo por educar *formar*, no informar.

Si bien es cierto que la posmodernidad ha llegado a todos los rincones de la cultura, también es cierto que la preocupación por la falta de valores, por el consumismo desenfrenado (de comida, drogas, alcohol y bienes materiales) y por la pérdida de la familia se ha convertido en un asunto de salud. Lo interesante es que, como diría Watzlawick,¹⁵ el cambio se quiere dar con soluciones de *más de lo mismo*, de ahí que las instituciones educativas busquen involucrar la tecnología en la educación y asuman que ésa es la salida; sin embargo, el cambio estará lejos de conseguirse si continúa insistiéndose en que un programa de computación podría descubrir los talentos de los jóvenes e incluso indicarles una ocupación o profesión si buscamos sustituir la función de la palabra y la lectura por la enseñanza *mass media*, si suplimos la función del maestro por una pantalla gigante de interacción computarizada.

La enseñanza en México requiere devolver la palabra a los jóvenes, suplantando el papel protagónico del maestro por seminarios de participación conjunta. La tarea del maestro tendrá que ser enseñar a investigar al alumno, vincular lo emocional con lo intelectual, garantizar el desarrollo del pensamiento y de la reflexión. Vincular lo emocional con el conocimiento hace posible el aprendizaje significativo. Frente a la falta de mecanismos de vinculación afectiva con el conocimiento, se observa que los jóvenes se quejan de que las matemáticas o la física o la biología no sirven para lo cotidiano; sin embargo, todas las disciplinas se encuentran representadas en cada cosa que hacemos. El maestro debe saber cómo integrar la información teórica con la práctica y así tender un puente con lo emocional, pues se ha visto que el desarrollo de la inteligencia es inseparable del de la afectividad;¹ es decir, de la curiosidad de investigar de una forma filosófica o

científica. ¿No aprendería el chico más si se le enseñara que la física le permitirá conocer el funcionamiento de un automóvil, que la biología se relaciona con la nutrición y los alimentos, que la química le ayudará a saber el porqué de la lluvia ácida, que las matemáticas se requieren para conocer el funcionamiento de la bolsa de valores o en cualquier negocio, que la etimología le permite aprender mejor otros idiomas, que la geometría es básica en el diseño industrial? La lista de opciones es interminable. Los alumnos no aprenden porque no le encuentran utilidad al conocimiento, porque no existe el espacio para reflexionar sobre sus emociones, porque no es estimulada la curiosidad por aprender de sí mismo y del mundo que los rodea, porque en la educación actual el conocimiento aparece fragmentado, desunido, desorganizado, mientras que los problemas actuales son cada vez más complejos, más globales, más multidimensionales.

Morin¹ afirmó que el problema de la separación de los distintos saberes hace que el conocimiento aparezca como algo ininteligible, difícil de organizar, contextualizar y globalizar. Esta forma de acceder al conocimiento destruye las posibilidades de comprensión y reflexión y, por supuesto, dificulta que los jóvenes puedan pensar en los problemas futuros, como la elección de una ocupación o su inserción en el mundo productivo.

La educación del futuro deberá estar centrada, de acuerdo con Morin, en la condición humana, en el hombre dentro de su contexto presente y futuro. Requiere de una integración de los componentes internos de la personalidad con los componentes externos y universales, con las ciencias de la Tierra. El ser humano es un ser biológico y cultural, y el punto de convergencia de estos dos ámbitos ocurre en la mente, en contacto con lo social, pues son la cultura y la sociedad las que permiten que las personas crezcan, y son los vínculos entre los hombres los que hacen que la cultura subsista.

La propuesta de formación supone aplicar un tratamiento con un esquema conceptual que intente entender al adolescente para ayudarlo en su autoconocimiento, que promueva la comprensión del hombre inserto en el mundo (y el problema planetario que entraña la relación de todos los sistemas complejos y globales) y en su comunidad. Que suponga, como dice Morin,¹ una conciencia antropológica, una conciencia ecológica, una conciencia cívica y una conciencia espiritual. Como podemos ver, educar formando supone ofrecer las herramientas educativas que

contribuyan al desarrollo de la identidad, para que llegado el momento, los jóvenes puedan tomar decisiones en cuanto a su ocupación y su elección de pareja, para que la inserción en el campo productivo sea estimulante y los lleve a tener conciencia social, ecológica y personal.

La propuesta es un regreso a la reflexión y al autoconocimiento, al cuestionamiento y a la generación de ideas, a la creatividad y a la globalización, a saberse parte del planeta, de la cultura, de la sociedad y de su comunidad. Esto es posible si la educación se enfoca en el cultivo del pensamiento, en usar la tecnología no para aislar al individuo, sino para integrarlo a su planeta.

Tal vez la responsabilidad integradora del médico sea más importante en estos tiempos en que todo aparece desintegrado e individualista. Tal vez en esta época se requiera del retorno del médico familiar, de cabecera, el que ofrece un trato único y personalizado. Tal vez el desarrollo apunta a la necesidad de formar médicos no compartimentados, que comprendan la necesidad de integrar lo emocional y lo físico, la mente y el cuerpo, lo social y lo individual, la salud pública y la privada. Un médico que conozca su entorno y trabaje hacia la adquisición de una identidad ocupacional sólida, que le permita la flexibilidad y la adaptación que la época posmoderna pide de sus profesionistas. El médico posmoderno ya no puede permanecer aislado en su consultorio, su ocupación es decisiva en el marco social y educativo.

Formar al individuo es llevarlo a pensar primero en quién es y quién no es, quién quisiera ser y quién no quisiera ser, quién cree que debe ser y quién cree que no debe ser, quién puede ser y quién no puede ser. Formar es ayudar al adolescente a elaborar sus duelos y comprender sus ansiedades, contribuir a que encuentre su ubicación dentro del tiempo individual, social y planetario.

Una educación vocacional futura requiere considerar a los adolescentes como agentes de cambio, proactivos y capaces de tomar sus propias decisiones; requiere tomar en cuenta las diferencias individuales, integrar el conocimiento y diseñar un método que genere preguntas, no soluciones; un proyecto educativo que le permita a los adolescentes comprender la manera que tienen de elegir y cómo quieren llegar a ser. Primero hay que enseñarles quiénes son para luego mostrarles la manera de insertarse en su comunidad.

REFERENCIAS

1. Morin E. Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. París: UNESCO, 1991;p:12.
2. Roa A. Modernidad y posmodernidad: coincidencias y diferencias fundamentales. Barcelona: Andrés Bello, 1995.
3. Lipovetzky G. La era del vacío. Barcelona: Anagrama, 2002.
4. La salud en las Américas. Vol I. Washington: Organización Panamericana de la Salud, 2002.
5. Vives J. Psicopatologías de la posmodernidad. En: Psicoanálisis y posmodernidad. Vives J, ed. México: Editores de Textos Mexicanos, 2004:133-40.
6. Lasch C. The Culture of Narcissism. New York: Norton, 1979.
7. Meltzer D, Harris M. Adolescentes. Buenos Aires: Patria editorial 1998.
8. Cobo P, Tello R. *Bullying* en México, conducta violenta en niños y adolescentes. México: Cuarzo, 2008.
9. Erikson E. Sociedad y adolescencia. Madrid: Siglo XXI, 1963.
10. Marcia JE. The ego identity status approach to ego identity. In: Marcia JE, ed. Ego identity. A handbook for psychosocial research. New York: Springer-Verlag, 1993:3-337.
11. Cueli J. Vocación y afectos. México: Limusa, 1994.
12. www.salud.gob.mx
13. www.inegi.gob.mx
14. Periódico El Universal, nota de la redacción, 28 de enero del 2008.
15. Watzlawick P. Cambio. Formación y solución de los problemas humanos. España: Herder, 1974.